*Poesías galardonadas con primeros premios en los
Juegos Florales celebrados en honor
del Cid Campeador*

Tema 1.º — FLOR NATURAL

AL TROTE DE BABIECA

Canto I — «La Herida fiel»

Llegaba ya el ocaso de la tarde violeta.
Parecía que ibas a beberte de un sorbo
aquel celaje grana—inflorescencia viva—..
Parecía que el puño de la luz vacilante
te había abierto un ojo en medio de la frente...
Yo quise espolearte con mi aguijón de fuego
para que consumases tu perfecta hermosura
atravesando el cielo con un salto gigante
y volase tu sombra transformada en estrella.

¡Pero frenaste el pulso, Babieca, de tu sangre!
¿Por qué te detuviste?... ¿Por qué fué sólo un gesto,
una ausencia de gesto, tu mano levantada
pisando el horizonte?... ¡Un paso, sólo un paso,
y hubieras roto el mundo, ese mundo en eclipse,
que te abriera esta ruta que se clava en la noche...!
¿Por qué no te enfrentaste con la puerta desnuda
que impedía a tu huella su galopar sonoro...?

Vi, entonces, que tus cascos se estremecían llenos
de laxitud colérica, como en un pugilato,
y que del suelo en sombras se levantaba un muro...
¡No eran torres de Burgos, abrasadas de aurora,
era un bosque de espadas y de murmuraciones:
mil bocas y mil lenguas, como arañas de carne,
vomitaban la envidia de su tela envolvente...!

Te encabritaste, fiero, como un látigo vivo,
y tu piafido amargo iluminó la noche,
con la fosforescencia terrible del relámpo...
¡Pero tu vena, densa de calor asfixiante,
sintió el tirón enérgico de una voz invisible,
y toda la turgencia de tus músculos jóvenes
se desmayó en un acto de sublime obediencia...!

Canto II.—«El destierro - La dolorosa ausencia»

Se han cerrado las puertas de Burgos a tu espalda.
El sereno romántico de Cardena te espera
embozado en la clara soledad de su valle...
Lloran tus cascos rotos sobre los guijos ásperos
y, como si quisieran reblandecer su temple,
las pezuñas destilan un susurro de sangre...
¡Canción de tus suspiros y de tus decepciones,
que resbala en el polvo sobre la tierra ácida
al compás de tu calco deficiente y hundido!
¡Si, Babioca; el sendero que tus zancas de plomo
van palpando, dolidas, como tactos de madre,
o la estañeña hoscosa que se tiende en el suelo
la insensatez paliada de un oído fanático...!

* * *

Los portones sinceros de todos los hostales
atracan sus cancelas con el cerrojo, al verte...
¡Cómo te duele el viento, ese huracán sonoro,
de todos los cristales que se crispan como manos sañudas,
negándote el saludo que mereces...! ¡Cómo te quema dentro
ese escuetismo áspero de tanto rostro lívido...!

¿Los conoces, Babiéca?... ¡Son ellos, son los hombres
giraldas sobre el barro de cada choza viva...!
¡¡Pisad, pisad rabiosos, herrajes de Babiéca;
aplastad sin congoja, como en lagar de agraces.
esos racimos yertos de sangre endurecida...!!
¡Acaba con la raza de víboras heladas,
—tacto viscoso, hispido, y bescs venenosos— ..!
¡Que tus lumbres de hierro —medias lunas de plata—
sean la llave oculta que nos abra el destino:
una cadencia próxima, diferente de ésta,
trasplantada entre nieve a cimas más intactas...!

* * *

La sombra de Cardeña, con su polen de llanto,
se esfuma entre tus patas, como un agua bendita...
¿No es verdad que te sientes como estraño a ti mismo?
¿En que piensas, Babiéca?... ¿Dónde tienes los ojos?..
¡Tus cuencas desfloradas no comprenden las cosas!
Diría que de tanto rastrear el sendero
has sembrado de ojos los rincones del campo...!
¡Cómo sangra el camino con tu pisada lábil...!
y esa línea —¡la última!— que tajara tu vida,
hipnotiza el herraje, clavándolo en el suelo...!
Es el doliente límite, la terrible frontera
que separa las órbitas de tus dos continentes...
¡Nueve fechas se pierden... —jesa es toda la prórroga!—
y un proceso cambiante de noches y de días
va injertando la senda de pétalos amargos...!
¡Cuánto perfil amigo, cuánta flor deshojada,
se ha estampado, indeleble, en tu retina ansiosa...!
¡Cuánta vida, en un soplo apenas perceptible,
ha besado tus crines haciéndolas más niñas..!
Ya estás otra vez solo... ¿Conoces estos campos?
¿Conoces esas márgenes desnudas que te miran
con sus ojos de piedra desde los altozanos?
¿Conoces esos trigos, esos sables inquietos,
que tuercen sus siluetas con crujidos de oro?
¿Y este anhélito torpe que respiras con náusea
como si masticases una gacha de cardos?..
¡¡Todo es nuevo, Babiéca!! El pegujal abrupto,

los trigales erizos, y ese viento pastoso
que vas desparramando en relinchos de fuego...!!
Todo es otro, ¡jes destierro¡¡, Babiéca, ¿no lo notas?...
¡¡Si lo notas, Babiéca, porque veo tus zancas
como cuatro muñones remando contra el aire,
como brazos de náufrago temblorosos y flácidos,
en medio de la errática percepción de las cosas...¡
«¡¡Castilla!!»... ¿Esto es Castilla?... ¡No sabes lo que dices!
No redoblan tus manos sobre la tripa tensa,
sobre el suelo tirante del tambor castellano...!
Tu atropellada arritmia se entrepierde en los senos
de esta tierra sin nombre; como si galopases
a veces sobre nada, o sobre tumbas rancias,
o sobre el mar que nunca ha bebido tu vista...
¡¡Castilla de ojos garzos, allí queda!!... ¡Tu madre
y tu madastra a un tiempo!... ¡La que parió un suspiro
eternamente grande y se formó amazona
de todas las conquistas..! ¡Pero tú te la llevas
hincada en ese polvo que te afea las ancas,
en ese triste oriente de tu sudor desierto...!
¿Pero que digo?... — ¡Loco! — ¡Tu mismo eres Castilla,
la Castilla que huye de su cuna manchada;
una Castilla virgen, dolorosa y serena;
la Castilla que lleva sobre su lomo limpio
la amanecida tersa de un mensaje inviolado...!!

Canto III — «Galopas, pero... ¿a donde?...»

Oigo tu calco ronco como cien cataratas,
restallando en la verde transparencia del aire.
Oigo tu huella rítmica como el «tac-tac» monótono
de una noria gigante que taladra la atmosfera.
¡Herraduras que suben y que bajan montículos
salpicando el paisaje con canción de cigarra...!
¡Siempre en vela, Babiéca...! Ese trote sonámbulo
que despedaza sierras y va moliendo soles,
como si en vez de patas tuvieras un molino.
¿que rebusca allá lejos?... ¡Yo que voy señalando,
a la grupa del tiempo, esa madeja múltiple
de tus caminos, pierdo el pábilo mil veces...!

Encuentro tus señales sobre todos los polvos;
cada sol reverbera tu sombra en cada loma,
y hasta las aguas todas han besado tus bellos
y tu imagen transcurre fundida en cada fuente,...
Al susurro vibrante de tu arboleda viva
han huido las lunas sembrando cimitarras...
y a tu espalda se pierden en el ancho vacío
—sahumerios gigantescos de tu regata histórica—
Castejón conquistado; Alcalá zaherida,
y Alcocer con sus torres demasiado pequeñas
para cegar la fiebre que devora tus ojos...

¡¡Todo, todo lo dejas y a todo lo despidas
con ese gesto cándido de tu cola de espuma,
y tu «adios» permanece flotando sobre el aire
como un balido hueco, lejano y transparente...!!

¡¡Oh, que pródiga sombra la tuya que embaraza
de voluntades nobles cada gota de tierra.. !!

¡¡Que fecunda simiente va tu pie voleando
a medida que abrazas, con tus pasos, el mundo...!!
De tus huellas emergen unas manos profetas
que trazan en el viento misteriosos enigmas
mientras tus ojos vuelan a un azul infinito...

¡No vuelvas tu mirada, Babiaca, que es temprano
para ver hecho fruto ese trigo caliente
en que encierras la España de una etapa futura...!
...¡¡Galopas y galopas, pero... ¿a dónde, Babiaca...?

¿Que comeción pungente desazona tus cascos? ..

...Te espolea Castilla, ¿no es eso?... ¡¡Ya te entiendo...!!

¡¡Vocación trascendente la de tus cuatro alamos,
que inoculan la savia de tu blanca inocencia
en cada palmo nuevo de gleba que conocen...!!

¡Es el alma de Castilla—la que contigo huye—
fraccionada en mil átomos de su sangre madura,
quien va desparramando el aliento imanente
que le hierve en su seno de Leona y de Madre...!

¡¡Y al conjuro profético de tu errante pisada
veo hincharse las tierras como mares despiertos

y reventar en flores de limón y escarlata
todo el pecho inminente de una España dormida...!

¡¡Sigue, sigue, Babieca, como un místico sueño,
aupándote en las nubes a través de los siglos;
sigue hilvanando paso de color esperanza,
mientras el sol campea, como un canario místico
deshojando en el cielo la sonata patética
de esa música viva que brotó de tu frente...!!
...¡¡Adios, llamas estáticas que vencisteis la anchura
de esa maleza insípida que no entiende la gloria...!!
¡¡Adios, adios, Babieca—Castilla maridada
con un hambre de espíritu y un sueño de ambiciones—;
da el salto decisivo, la inmediata pirueta
que transforme su ruta en la estrella de Oriente,
vigia de esta raza amasada en tu seno...!!

Epílogo — «¿Qué..?»

¿Todo está consumado?... ¿Y ese gesto que veo?...
¿Y esa pata tirante, y ese pecho enarcado
que amenaza la historia con un nuevo piafido?...
¡¡Has dejado la historia bajando nuevamente...!!
¿Que pretendes, Babieca, decirnos al posarte?
¿es que no había sitio para tus cuatro plantas
en el invernadero de los nombres ilustres...?
¿O es que has visto, iracundo, nuestra grave pereza
para aunar el latido que inyectaste, disperso...?
¿Vienes sólo de paso, o es que quieres quedarte
—catedrático en bronce— para que comprendamos,
en medio de esta estúpida cerrazón de sentidos,
que si España no crece al compas de tu calca
aún te queda potencia de forjar una nueva...?

ANTONIO SADA DE QUINTO, S. J.

Tema II.

CANTO HERÓICO A MYO CID.

EL DESTERRADO

BURGOS lo vió aquel día partir para levante
en la lívida luz de la alborada.

Toda Castilla estuvo con ansiedad de amante
en las dulces pupilas de Jimena asomada.

Toda Castilla desde San Pedro de Cardeña
hecha un alba de llanto y en flor de despedida.
Partir siempre es la sombra de una muerte pequeña
porque el que parte deja siempre un poco de vida.

A caballo Rodrigo, con su gallardo modo,
se detendría un poco a extender su mirada:
A un lado amor, honores, su vida es decir: todo.
Al otro un indeciso futuro, es decir nada.

Aquí de un monasterio entre los atrios viejos
queda el amor y la filial ternura
mirando en el clamor del alba cómo, lejos,
se pierde el galopar por la llanura.

Enfrente, tras los campos de pan y sol cristianos,
aguarda incertidumbre, lucha desconocida,
luces que nunca han visto sus ojos castellanos
y el dolor de una patria aún no nacida.

Por los ojos audaces de Mio Cid acaso
la amarga flor del llanto, efímera, brotara.
La hirsuta barba al viento, redoblaría el paso.
En el pecho del héroe también amor se ampara.

Un hombre cual la encina. Como la roca. Leño
y for. Alma caliente bajo la dura breña.
En estas tierras secas el hombre es tierra y sueño.
Los hombres son paisajes que Dios sueña.

Tal un árbol humano, varon enjuto y seco.
Una luz inmortal cruza el rostro ceñudo.
Hijo de este paisaje grave donde el berrueco
asoma como hueso del páramo desnudo.

El desterrado lleva la patria en carne viva.
A la luz del recuerdo las cosas se agigantan.
Lleva en el corazón una pena cautiva.
Ansias de redimirae por la sangre le cantan.

El desterrado lleva sus raíces a cuestras
para hincarlas un día con violento amor ciego,
dejarlas victoriosas, rabiosamente enhiestas,
brotando por sus ramas un nuevo y verde fuego.

El tronco de Castilla se pobló de anchas ramas
conforme el desterado, el Cid, por litorales
del sol bajó blandiendo las plateadas llamas
de su acero, sumando cabalgadas triunfales.

Sus manos ofrecían ramas de patria nueva,
cosechaban el fruto de una patria desnuda.
Como si al cabalgar condujese una esteva
y esparciera en los surcos la semilla menuda.

Desde sus manos como una dulce paloma
levantaba su vueló la patria apenas he ha.
Se ensanchaba su nombre en cada loma
y crecía su tierra en cada fecha.

Para dejar de serlo, el desterrado
hizo brotar la patria de la tierra
bajo sus pies, dejó su amor sembrado
en el ardido campo de lo guerra.

Es hacerse la patria empresa de los hombres.
Los frutos y las bestias, los ríos, les ayudan.
Dios les da luz. Pero los duros nombres
y sus exactos límites, los hombres los desnudan.

Rodrigo, el desterrado, en traje de centella,
vestido de relámpago guerrero,
iluminó su patria con la brillante estrella
del amor, la justicia y el acero.

Burgos lo vió otro día regresar de Levante,
volver al corazón que la semilla encierra,
a hombros de sus mesnadas mortalmente flotante
entre el polvo y la gloria, entre el cielo y la tierra.

Fué el desterrado un forjador de patria:
Encina y rosa. Tierra: duro solar de huesos
que nos cimientan. Amorosa patria
que nos viste la gloria de sus besos.

Una zarza encendida fué Rodrigo,
el desterrado, viva zarza ardiende
prendiendo el joven fuego que llevaba consigo
de una intuída España adolescente.

Tierra nos trajo su destierro de hombre,
su ejemplo: hueso y alma de la España primera,
y ahora nos llega al evocar su nombre
el olor de la Patria en primavera.

LEMA: «MARZO»

TRIPTICO DE SONETOS

I

A DOÑA JIMENA

Dicen que en noble lid, sangre vertida
del árbol de tu casa por su espada
fué, y el amor dejó en tí restañada
con cien fidelidades cada herida.

Así tú respondiste. Y su partida
a cada triunfo fué casa guardada,
oración en el labio y fe entrañada.
«Yo con Dios y con vos» era tu vida.

Te amaba... Tu mirar bien miraría
cuando aquella Valencia te ofrecía.
Y luego: «muchos días nos veamos».

Pero él fué triunfo, y tú, soledad fuiste;
él, la impaciencia, y tú, la espera triste;
él, la vendimia, y tú, los lentos ramos.

II

A DOÑA ELVIRA

Blanca en el robledal, una azucena,
una espada desnuda eras, Elvira;
una asaltada luna que se admira
de ver sin fin la noche de la pena.

Mal maridada fuiste a la cadena
del infame Carrión, tremenda lira
sangrando donde es látigo la ira,
tú, la rosa más alta de Jimena.

Tú, la rosa de Burgos, y cortada
antes de tiempo; tú, tan bien amada
de niña, y aún de niña en el olvido;

tú y tu dolor tan sólo por vestido;
tú, de tan fuertes brazos extrañada:
tú al pie del árbol, y lejano el nido.

III

A DOÑA SOL

Sol, doña Sol, infante sol cidiano;
el beso todavía en la mejilla
del héroe, y el lirio que se humilla
al huracán de la traidora mano.

Tu fuiste quien habló, mas que lejano
tu suspiro. No hallaba la semilla
el abrigo del fruto, ni la orilla
del mar el niño rio y castellano.

Que allá en el mar estaba quien podría,
quien espadas y vírgenes confía
al que exige nobleza siendo noble.

.....
Pero del amador surgió la fiera,
y tú fuiste la caza que él hiciera:
oh, garza malherida al pie del roble.

JOSE GARCIA NIETO